

significado concebibles en Darwin siguen tentándonos con nuevas revelaciones, mientras se almacenan en la memoria prejuicios, fantasmas e interdictos.

La profesora M^a Ángeles Querol conoce la dilatada ascendencia del tema, y se ha propuesto analizar el modo en que los libros de texto escolares y universitarios han relatado en España la génesis humana. El ejercicio es, por supuesto, una larga diatriba entre dos modelos narrativos —creacionismo y evolucionismo—, expresados con eficacia en los personajes que rotulan el libro: Adán y Darwin. Desde esta sección de la biblioteca, Querol colecciona títulos con pasión y no evita su cita profusa y oportuna. Pero también propone una línea de pensamiento paralela, compuesta por no pocas digresiones que acaban tramando la historia de su lectura íntima de Darwin y del Génesis. Es ahí donde el texto se vuelve confesional, polémico, vivo, al hacerse eco de la actitud filosófica de su autora, quien se sitúa alternativamente en el aula y fuera de ella.

A medida que progresa la obra, los lectores pueden advertir su ambición. A modo de vestíbulo para el cotejo del mito y la ciencia, queda expuesto el modo en que las letras quebradas del darwinismo fueron releídas para justificar una concepción individualista y antropocéntrica del ser humano occidental, resaltando asiduamente la idea

de progreso. De igual modo, esos devaneos especulativos han servido para acumular prejuicios racistas, medir los roles sexuales y explicar fenómenos como la agresividad.

En definitiva, un catálogo de ademanes que contaminan los textos científicos y hallan en esa lectura interesada una base sobre la que edificar su razón de ser. Por supuesto, eso especifica la tarea de Querol, tarea que, dada su magnitud, quizá merece ampliaciones. Analizar la recepción del darwinismo desde que emprendió su difusión en el siglo XIX, interpretar el talante de sus opositores y envolver todo ello en pliegues como la pedagogía, los estudios de género, la paleoantropología y la sociología exige un esfuerzo indudable. Ciertamente, pese a la actualidad de los descubrimientos de Atapuerca, no son muchos los títulos que rellenan desde España los puntos suspensivos de *El origen de las especies*, y éste lo hace con gracia y fortaleza intelectual.

G. U. P.

La novela picaresca española, Florencio Sevilla (ed.), Madrid, Castalia, 2001.

La novela picaresca es un género literario genuinamente español que no tiene comparación en ninguna

otra literatura. Se trata de una forma artística que defiende la figura del marginal, el *outsider*, el hombre que se hace a sí mismo y lucha por encontrar su propio lugar en un mundo hostil en auténtica lucha por la vida.

Nada hay comparable en la literatura universal a este género español, que tendrá reflejo más tardío en la obra de Lesage. Los ejemplos europeos coetáneos —en literatura y en la pintura— que se pueden apuntar, son sólo modos folklóricos lejanos de la denuncia social que se encuentra en las obras españolas. Y ello viene además a abonar la idea de que el pueblo español se movía con libertad por debajo de las formas de coerción institucional, comunes absolutamente a todos los países de la época —abandonemos de una vez la leyenda negra, o apliquémosla a todas las naciones por igual—. Hay un afán de libertad en el pueblo español que le lleva a cantar a las formas marginales de vida, con un espíritu carnavalesco, en términos de Bajtin, ofreciéndonos con este modo literario su protesta y rechazo de las coerciones institucionales y políticas que eran ajenas a su sentido libre de la existencia.

De este modo la obra que comentamos viene ahora a llenar un hueco, que dejara el libro compilado por Ángel Valbuena Prat en dos volúmenes bellamente encuadernados por Aguilar —¡espléndido arte de esta editorial en sus ediciones

incomparables en piel, aunque a veces filológicamente no fiables!— El profesor Florencio Sevilla, que ha convertido con Antonio Rey a Cervantes y sus obras completas en un nuevo *best-seller*, se aproxima ahora a la obra picaresca rastreando, con criterio de edición moderno y riguroso, los manuscritos originales en un grueso volumen de grandes dimensiones —al modo americano— y precio asombrosamente asequible, que constituye una nueva apuesta de editorial Castalia.

A destacar los diversos *Lazarillos* que aquí se contienen y esa genial obra de espíritu inquieto y crítico que es el *Estebanillo González* que editaran antes Zahareas y Spadaccini en 1978 en Clásicos Castalia (nºs 86-87), obra a la que Bataillon dedicó referencias de sumo interés a propósito de la figura del bufón.

En la figura del pícaro se contiene lo más esencial del espíritu español: su carácter libre, anárquico e individualista; su capacidad de lucha; su visión —en el Callejón del Gato— de la otra cara del espíritu caballeresco —también hermoso— que se encuentra en su opuesto: la obra teatral del siglo de oro en la que se expresaba el sentir de la España oficial, así como todos los valores humanos de la época más gloriosa de nuestra nación que tan acertadamente alcanzó a resaltar Alberto Lista en el siglo XIX, abriendo paso a una nueva interpretación, desde el punto de vista de la modernidad crítica, de

todo ese complejo ideológico que constituye el fermento de la aristocracia del espíritu, que tanto influiría en la peculiaridad del romanticismo español.

Así ese espíritu caballeresco se pone en solfa en la obra picaresca, estableciéndose el peculiar contraste que simbolizarían Don Quijote y Sancho: el idealismo caballeresco frente a la realidad carnavalesca del pueblo.

Diego Martínez Torrón

Ludwig Wittgenstein y David Pinsent, *Justus Noll, traducción de Octavio di Leo, Muchnik Editores, Barcelona, 2001, 137 pp.*

La fuente documental que ha inspirado a Noll para acabar estos retratos novelados de Wittgenstein y Pinsent descansa en el *Diario íntimo* de Pinsent publicado en Gran Bretaña y USA en 1990. Pinsent fue el amigo de juventud más destacado de Wittgenstein, y su cariño termina por expresarse en la dedicatoria existente en el *Tractatus*. Pinsent muere el 8 de mayo de 1918, en accidente aéreo antes de ver publicado el *Tractatus*, aunque existen en ambos amigos preocupaciones intelectuales en torno a la lógica y a la filosofía de las matemáticas, en cierto modo puestas de relieve en el libro de Justus Noll. La madre de

Pinsent comunica el fallecimiento de su hijo a Wittgenstein y éste expresa en una elocuente carta sus sentimientos del siguiente modo: «He conocido a muchos jóvenes de mi edad y me he llevado muy bien con algunos, pero sólo en él encontré un amigo de verdad, las horas que pasé con él han sido las mejores de mi vida, fue para mí un hermano y un amigo. Diariamente he pensado en él y he anhelado volver a verle. Dios le bendiga. Si vivo para ver el final de la guerra iré a verla y hablaremos de David».

El autor hace notar la importancia que tiene para los dos amigos un viaje a Islandia realizado en septiembre de 1912, donde quedan de manifiesto el modo de ser aristocrático de Wittgenstein, su irritabilidad, neurosis, así como el mal temperamento del futuro filósofo para encarar las vicisitudes de un viaje veraniego. La personalidad y la vida de Wittgenstein en estas páginas de la narración de Noll no han sufrido los efectos que inciden en el pensador posteriormente, a raíz de cosas como su integración en la Primera Guerra Mundial, su docencia escolar en los Alpes austríacos, ni tampoco está en este libro el descubrimiento de la ética como quehacer filosófico decisivo para su existencia. Noll se limita a hacer notar los lazos afectivos de Wittgenstein con Pinsent, aunque entremedio de ello encontremos observaciones acerca de la llegada de Ludwig a Cambrid-

ge con el fin de conocer a Russell, cuyo contacto facilita a la vez percibir la figura del notable moralista británico G. E. Moore. A raíz de este encuentro aparecen en el libro de Noll características culturales e intereses humanos de un grupo universitario semisecreto de Cambridge autodenominado «Los Heréticos», y del colectivo Bloomsbury, donde se revela la irónica y pintoresca figura de Lytton Strachey.

Este conjunto de circunstancias histórico-narrativas constituyen un panorama llamativo dentro del texto puesto que tienen el mérito de proporcionarnos determinados elementos biográficos de la juventud de Wittgenstein. En gran medida Noll reitera lo que dice Brian Mc Guinness en *El joven Ludwig (1889-1921)* y Ray Monk en *L. Wittgenstein. El deber de un genio* pero el acento que se pone aquí en determinadas anécdotas de Wittgenstein dentro del espacio imaginativo figurado por Noll suma un prisma rico y original a su obra. Con todo, se esboza una silueta algo reductora de Ludwig Wittgenstein en este libro: no se alcanza a adivinar en el retrato que hace el autor de Wittgenstein que para éste no lo es todo la Lógica ni las matemáticas, ni tampoco perfila características de otro entorno que no sea el de Pinsent. El de la familia de Wittgenstein en general no tiene ninguna trascendencia, ni en particular existen menciones a una de las hermanas de Ludwig,

Gretl, que tanta influencia tuvo en el pensador, precisamente en esos años de cultivo de amistad con Pinsent.

La muerte de Pinsent es recibida por Wittgenstein mientras permanece luchando en trincheras en el Frente italiano durante 1918. Poco después permanecerá hasta noviembre de 1919 prisionero en Como y Monte Cassino con el *Tractatus* en su mochila en el campo de detenidos. Este factor de naturaleza histórica facilita a Noll entresacar determinados episodios de la vida de Wittgenstein para intercalarlos de manera muy imaginativa con esos encuentros con Russell, con su instalación en su cabaña de Noruega y con curiosos comentarios en torno a la homosexualidad y al judaísmo de Wittgenstein. Son opiniones expresadas muy ocasionalmente en la narración de Noll, que (afortunadamente) no las hace recaer en absoluto en el escaso discurso filosófico de Wittgenstein que se percibe en el libro. El autor manifiesta en momentos muy puntuales tales consideraciones y en ningún momento Pinsent se transforma en el texto en un interlocutor interesado por tales problemáticas. Nos da la impresión que es una preocupación mucho más viva en Noll, que el posible interés que pudo tener Pinsent en su momento.

Aunque hemos dicho que son cosas formuladas de manera muy